

**PODER Y SEDUCCIÓN DEL FEMENINO
EN EL OTOÑO DEL PATRIARCA
DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ**

Diana-Adriana LEFTER
diana_lefter@hotmail.com
Universidad de Pitesti, Rumania

Resumen

*La siguiente ponencia propone el análisis del poder desde la perspectiva privada de la relación masculino-femenino, en la novela “El Otoño del patriarca” de Gabriel García Márquez. De esta manera, intentando clasificar los tipos de pasión que unen al general a las cuatro mujeres, llegamos a la conclusión de que se trata de dos grandes categorías: *philia*, que le une a su madre, y *eros*, que le une a las otras tres mujeres.*

Palabras clave: poder, seducción, philia, eros, macho

El dictador es “el único personaje mitológico que ha producido América Latina”,¹ decía en una entrevista Gabriel García Márquez. Como tal, este personaje que se ha convertido en un verdadero héroe, es decir un modelo para la comunidad: el modelo del jefe político cuyo poder es basado en la aceptación de la comunidad, y también el modelo del macho, cuyo poder político se refleja en el poder de seducción.

En la relación del líder- seductor con las masas, el poder se manifiesta en la esfera pública mientras por el líder macho, la seducción se materializa en el espacio privado. A continuación, vamos a analizar la relación de poder y de seducción entre el general – personaje central de la novela “El Otoño del patriarca” – y cuatro de las mujeres que dejan huellas en su existencia: Benedictión Alvarado, su madre, Leticia Nazareno, la esposa, Manuela Sánchez, la reina de la belleza y Francisca Linero, la campesina.

Desde nuestro punto de vista, hay dos tipos de apego que unen al general a las mujeres de su vida: *philia*, que define la relación entre el presidente y Benedictión Alvarado, su madre y *eros*, que describe la pasión que el patriarca siente para las mujeres hacia las cuales manifiesta un interés erótico: Leticia Nazareno, Manuela Sánchez și Francisca Linero.

¹ Apuleyo Mendez, Plinio, *El olor de la guayaba. Conversaciones con Gabriel García Márquez*, Grupo Editorial Norma, 1998

Philia

La mujer que marca decisivamente el comportamiento del general es su madre, Benedicción Alvarado, y la relación afectiva que tiene con ésta, *philia*, pone a la inversa la correspondencia de poder masculino-femenino. Benedicción aniquila la posición de poder del general, porque posee, en relación con éste, el poder de dominación afectiva. Además, Benedicción es la única mujer que forma parte principalmente de la esfera de la vida privada del presidente, y la relación que hay entre ella y el general es una actualización del papel primordial que tiene la mujer en la familia típicamente latinoamericana. El mismo general reconoce la posición de superioridad que su madre tiene ante él, aún enfrente de Patricio Aragonés:

[...] porque Benedicción Alvarado no me parió para hacerle caso a los lebrillos sino para mandar, y al fin y al cabo yo soy el que soy yo.¹

La correspondencia de poder al revés, dónde la madre cancela el poder social del hijo dictador, pasa de la esfera privada a la esfera pública, añadiendo una componente religiosa que confirma tanto la fuente divina del poder del general, como lo sacro de *philia* que le une a su madre. Los manuales, como documentos públicos y oficiales, imponen a Benedicción como a una nueva Virgen María:

[...] el único pariente que se le conoció y tal vez el único que tuvo fue su madre de mi alma Benedicción Alvarado quien los textos escolares atribuían el prodigio de haberlo concebido sin concurso de varón y de haber recibido en un sueño las claves herméticas de su destino mesiánico, y a quien él proclamó por decreto matriarca de la patria con el argumento simple de que madre no hay sino una, la mía, una rara mujer de origen incierto [...]²

A pesar de la fuerza dominante, que casi castra, Benedicción rechaza el paso de la esfera privada a la esfera pública, porque su verdadero poder sobre el general sólo se manifiesta en el espacio privado; al contrario, lo que se conoce en el universo público es una proyección

¹ García Márquez, Gabriel, *El otoño del Patriarca*, Plaza & Janes S. A Editores, Barcelona, 1975, pag. 27.

² Idem, pag 51.

mítica de la imagen materna, imagen que se transforma en instrumento, que el general impone para fortalecer la posición del poder público.

Hasta en la esfera privada, la madre tiene su propio espacio que no interfiere casi nunca con el espacio del general: las conversaciones las llevan sentados en sillones apartados, la casa de la madre se encuentra en el barrio de los suburbios, y cuando ella acepta vivir en el palacio presidencial, su espacio privado está bien establecido y distinto en comodidad y en la exposición de riquezas, comparado con el espacio de Leticia, por ejemplo.

*[...] visitaba a su madre Benedicción Alvarado en la mansión de los suburbios cuando aflojaba el calor, se sentaban a tomar el fresco de la tarde debajo de los tamarindos, ella en su mecedor de madre, decrepita pero con el alma entera, echándole puñados de maíz a las gallinas y a los pavorreales que picoteaban en el patio, y él en la poltrona de mimbre pintada de blanco, abanicándose con el sombrero, persiguiendo con una Mirada de hambre vieja a la mulatas grandes que le llevaban las aguas frescas de fruta de colores para la sed del calor mi general, pensando madre mía Benedicción Alvarado si supieras que ya no puedo con el mundo, que quisiera largarme para no sé dónde, madre, lejos de tanto entuerto, pero ni siquiera a su madre le mostraba el interior de los suspiros sino que regresaba con las primeras luces de la noche a la casa presidencial [...]*¹

Más aún, la madre también rechaza otras muestras exteriores del poder como la ropa costosa e imponente, expresión de la potencia financiera:

*[...] solo que Benedicción Alvarado despreció los ornamentos imperiales que me hacen sentir como si fuera la esposa del Sumo Pontífice y prefirió las habitaciones de servicio junto a las seis criadas descalzas que le habían asignado, se instaló con su máquina de coser y sus jaulas de pájaros pintorreteados en un camaranchón de olvido a donde nunca llegaba el calor y era más fácil espantar a los mosquitos de las seis, se sentaba a coser frente a la luz ociosa del patio grande y el aire de medicina de los tamarindos mientras las gallinas andaban extraviadas por los salones y los soldados de la guardia acechaban a las camareras en los aposentos vacíos, se sentaba a pintar oropeándolas con aguas de colores y a lamentarse con las sirvientas de la desgracia de mi pobre hijo a quien los infantes de marina tenían traspuesto en la casa presidencial, tan lejos de su madre, señor [...]*²

¹ Idem, pag 24-25.

² Idem, pag 52.

Tal como se comprobaría más tarde, la madre no posee el poder solamente en la esfera privada, sino también en la pública, sin embargo sin actualizarla en un modo de vida opulento. La madre rechaza de esta manera una transferencia del poder público que su hijo, el general, quiere hacer efectivamente.

Benedicción Alvarado había de vivir muchos años lamentándose de la pobreza, peleando con las siervientas por las cuents del Mercado y hasta saltando almuerzos para economizar, sin que nadie se atreviera a revelar que era una de las mujeres más ricas de la tierra, que todo lo que él acumulaba con los negocios del gobierno lo registraba a nombre de ella, que no solo era dueña de tierras desmedidas y ganados sin cuento sino también de los tranvías locales, y del correo y el telégrafo y las agues de la nación, de modo que cada barco que navegaba por los afluentes amazónicos o los mares territoriales tenía que pagarle un derecho de alquiler que ella ignoró hasta la muerte, como ignoró durante muchos años que su hijo no andaba tan desvalido como ella suponía cuando llegaba a la mansión de los suburbios sofocándose en la maravilla de los juguetes de la vejez, pues además del impuesto personal que percibía por cada res que se beneficiaba en el país, además del pago de sus favores y de los regales de interés que le mandaban sus partidarios, había concebido y lo estaba explotando desde hacía mucho tiempo un sistema infallible para ganarse la lotería.¹

Analizando los detalles comportamentales, vestuarios y discursivos, hemos podido ver que la relación del general con la madre pone a la inversa la relación de poder, puesto que la madre que domina y que castra es la que tiene el poder sobre el hijo.

El Eros

Leticia Nazareno, Manuela Sánchez y Francisca Linero encarnan tres tipos distintos de pulsión erótica a través de los cuales se manifiesta el poder del general: el eros oficial y civil, actualizado en Leticia Nazareno, el eros inmaterial, retratado por Manuela Sánchez, y el eros animal, representado por Francisca. También las formas de ejercer el poder son distintas y se materializan en la distancia que hay entre el general y el objeto de de la pasión erótica: el poder se ejerce en totalidad en relación con Francisca y se actualiza en la fuerza sexual; la grandeza del poder está señalada por la falta de cualquier oposición; el mismo poder sólo se ejerce parcialmente en relación con Manuela y se actualiza

¹ Idem, pag 65.

en la intensidad del deseo carnal del general. Por fin, el poder no se manifiesta más que en poca medida en relación con Leticia, cuyo poder dominante sobre el general sólo puede compararse con el de la madre.

La pulsión erótica es, en el caso del general, una forma de manifestación del poder social, y el tipo de relación carnal que tiene con cada una de las tres mujeres define la manera en que el poder del dictador se ejerce sobre las clases sociales. En relación con las clases rurales muy pobres, el poder tiene como recurso tanto el respeto por un líder cuya imagen ya tiene dimensiones míticas, como el miedo que impone la imagen del poder oficial. El poder es, por consiguiente, total, y se traduce desde el punto de vista erótico, por medio de un acto violento y casi animal. El poder del general falla en relación con las clases ciudadanas pobres, representadas por Manuela Sánchez. En este caso, la dilusión del poder se traduce por la imposibilidad de la reacción carnal. La razón de la disminución del poder es precisamente la pérdida de la dimensión mítica por parte de quién la posee: en comparación con Manuela, el general pierde la aureola de su omnipotencia para revelar sus debilidades típicamente humanas. Por fin, el poder desaparece en correspondencia con Leticia. En la relación conyugal que hay entre los dos, la mujer es la que posee el poder, un poder que supera la esfera privada y se extiende en la pública. También la relación corporal con Leticia es distinta a la relación con las otras mujeres: si por Manuela y Francisca el general manifiesta una pasión pasajera, la fascinación que siente por Leticia es constante. Ella representa para el presidente la mujer que pone las bases de una dinastía, una parte componente de su reforzado poder.

Leticia Nazareno, la amante oficial y luego la esposa del presidente es la única mujer que se define en términos de amor y no de la pasión carnal, irracional. Ella es *mi única y legítima esposa*¹, *mi único y legítimo amor*². Ella representa el amor institucionalizado, sobre todo como madre del único hijo reconocido como legítimo del general:

*Se estimaba que en el transcurso de su vida debió tener más de cinco mil hijos, todos sietemesinos, con las incontables amantes sin amor que se sucedieron en su serallo hasta que él estuvo en condiciones de complacerse con ellas, pero ninguno llevó su nombre ni su apellido, salvo el que tuvo con Leticia Nazareno [...]*³

² Idem, pag 133.

³ Idem, pag 50.

El nacimiento del único hijo legítimo marca la toma total del poder, por lo menos en las relaciones con el general, por parte de Leticia. La misma mujer es la autora del proceso de instrucción y de humanización del general, hecho que la sitúa en una posición de superioridad ante éste: le enseña escribir y leer, y también el amor que humaniza, amor y no pasión:

*[...]mi única y legítima esposa que lo había enseñado a leer y escribir en la plenitud de la vejez, hacía esfuerzos para evocar su imagen pública, quería volver a verla con la sombrilla de tafetán con los colores de la bandera y su cuello de colas de zorros plateados de primera dama, pero solo conseguía recordarla desnuda a las dos de la tarde bajo la luy de harina del mosquitero, se acordaba del lento reposo de tu cuerpo manso y lívido en el zumbido del ventilador eléctrico, sentía tus tetas vivas, tu olor de perra, el humor corrosivo de tus manos feroces de novicia que cortaban la leche y oxidaban el oro y marchitaban las flores, pero eran buenas manos para el amor, porque solo ella había alcanzado el triunfo inconcebible de que te quites las botas que me ensucias mis sábanas de bramante, y él se las quitaba, que te quites los arneses que me lastimas el corazón con las hebillas, y él se lo quitaba, que te quites el sable, y el braguero, y las polainas, que te quites todo mi vida que no te siento, y él se quitaba todo para ti como no lo había hecho antes ni había de hacerlo nunca con ninguna mujer después de Leticia Nazareno [...]*¹

Leticia Nazareno es también la poseedora implícita del poder público, una *presidenta escondida*, cuyo poder se afirma a través de la ostentación de su potencia financiera. El dormitorio, el espacio privado de Leticia define el poder social de la mujer: cada objeto que constituye el espacio de Leticia es semiótico significativo, cada objeto que define el anhelo hacia la ascendencia a la nobleza – el encaje de Bruselas, o el componente cuartelero – los botines de hombre, o el seductivo-erótico – las zapatillas de raso, o para las apariciones públicas – los vestidos funerarios de primera dama:

En el dormitorio nupcial de Leticia Nazareno, de quien teníamos una imagen más nítida no solo porque había reinado en una época más reciente sino también por el estruendo de sus actos públicos, vimos una cama Buena para desafueros de amor con el toldo de punto convertido en un nidal de gallinas, vimos el los arcones las sobras de las polillas de los cuellos de zorros azules, las armazones de alambres de los miriñaques, el polvo glacial de los pollerines, los corpiños de encajes de Bruselas, los botines de hombre que usaban dentro de la casa y las zapatillas de raso con tacón alto y trabilla que

¹ Idem pag 133.

usaba para recibir, los balandranes talaes con violetas de fieltro y cintas de tafetán de sus esplendores funerarios de primera dama y el hábito de novicia de un lienzo basto como el cuero de un carnero del color de la ceniza con que la trajeron secuestrada de Jamaica dentro de un cajón de cristalería de fiestas para sentarla en su poltrona de presidenta escondida, pero tampoco en aquel cuarto hallamos ningún vestigio que permitiera establecer al menos si aquel secuestro de corsarios había sido inspirado por el amor.

Manuela Sánchez representa la pulsión erótica inmaterial e imposible. La imposibilidad de poseerla físicamente, el erotismo que no se concretiza en acto sexual es una actualización de la falta de poder del general en el plano social, en relación con las clases ciudadanas pobres. Los términos en que el general define a Manuela expresan esta misma frustración física y social llevando a lo irracional que marca la pasión por esta mujer:

Manuela Sánchez de mi mala suerte¹, Manuela Sánchez de mi mala hora², Manuela Sánchez de mi desastre³, Manuela Sánchez de mi locura⁴, Manuela Sánchez de mi potra⁵, Manuela Sánchez de mi perdición⁶, Manuela Sánchez de mi vergüenza⁷, Manuela Sánchez de mi rabia⁸, Manuela Sánchez de mi infortunio⁹, Manuela Sánchez de mi desventura¹⁰

Se puede observar que todas las definiciones de Manuela Sánchez envían a elementos subjetivos, inmateriales, pasionales, depreciantes. Así, la imposibilidad de poseer a Manuela aparece más como un resultado de su inmaterialidad y menos como una derrota del poder del general.

También en el caso de Manuela Sánchez, como en el de Leticia, los objetos tienen un valor semiótico. Las ropas simples y los adornos que fingen riqueza definen la apartenencia de Manuela a una clase, pero igualmente su posición de poder en el interior de esta clase: ella es la

¹ Idem, pag 67.

² Idem, pag 70.

³ Idem, pag 70.

⁴ Idem, pag 71.

⁵ Idem, pag 71.

⁶ Idem, pag 74.

⁷ Idem, pag 75.

⁸ Idem, pag 76.

⁹ Idem, pag 77.

¹⁰ Idem, pag 86.

reina de la belleza, y es deseada por el general justamente porque es la poseedora de cierta forma de poder:

*[...] con su traje de ninfa de volantes de muselina y la corona dorada con joyas de artificio y una rosa en la mano bajo la vigilancia de una madre que la cuidaba como si fuera de oro [...]*¹

Aunque manifiesta una atracción carnal que no se puede controlar para la bella Manuela, el general sólo la valoriza como un trofeo, cuya conquista equivale a reconocer su potencia sexual, pero la potencia sexual es el elemento que confirma el poder social.

Manuela Sánchez es la encarnación de la pasión carnal absoluta, pero inmaterial, y la muestra tangible de la sexualidad que ella emana es la rosa roja, habitual a la imagen de la chica. Esta rosa, símbolo de la pasión que despierta, es el elemento focal que llama la atención del general, precisamente desde el primer encuentro con la reina de la belleza. En la rosa se materializa ese cuerpo que el general no puede poseer, él es el elemento perecedero que se marchita cuando la materialidad está trasladada sobre el cuerpo, es decir cuando el general toca a Manuela.

Manuela representa la pasión al borde del sueño y de la realidad, de lo verdadero y de lo falso, de lo material y lo inmaterial. En virtud de esta inmaterialidad, ella está imaginada entrando en el espacio privado del presidente, invadiendo de esta manera el espacio del poder:

*[...] era Manuela Sánchez que andaba por el cuarto sin quitar los cerrojos porque entraba y salía según su voluntad atravesando las paredes, Manuela Sánchez de mi mala hora con el vestido de muselina y la brasa de la rosa en la mano y el olor natural de regaliz de su respiración, dime que no es de verdad este delirio, decía, dime que no eres tú, dime que este vahído de muerte no es el marasmo de regaliz de tu respiración, pero era ella, era su rosa, era su aliento cálido que perfumaba el clima del dormitorio como un bajo obstinado con más dominio y más antigüedad que el rezuelo del mar [...]*²

La belleza es el instrumento auxiliar de que se sirve Manuela Sánchez para ejercer su poder sobre el general: es, sin embargo, una belleza inmaterial, perceptible en estados próximos al ensueño y que forma, junto con la pobreza de la ropa, una imagen de la mujer:

[...] cuando la vio aparecer en la puerta interior como la imagen de un sueño reflejada en el espejo de otro sueño con un traje de

¹ Idem, pag 67-68.

² Idem, pag 71.

etamina de a curtillo la yarda, el cabello amarrado de prisa con una peineta, los zapatos rotos, pero era la mujer más Hermosa y más altiva de la tierra con la rosa encendida en la mano, una visión tan deslumbrante que él apenas si tuvo dominio para inclinarse cuando ella lo saludó con la cabeza levantada Dios guarde a su excelencia, y se sentó en sofá, enfrente de él.¹

El amor entre el general y Manuela es imposible porque ambos lo perciben de maneras distintas. Para Manuela, el amor es tan inmaterial como la imagen que ella tiene para el general, mientras que, para el presidente, el amor es eminentemente telúrico, material y materializado en signos del propio poder, que transfiere a la imagen de Manuela:

[...] contemplaba a Manuela Sánchez sin pedirle nada, sin expresarles sus intenciones, sino que la abrumaba en silencio con aquellos regalos dementes para tratar de decirle con ellos lo que él no era capaz de decir, pues sólo sabía manifestar surs anhelos má íntimos con los símbolos visibles de su poder descomunal como el día des cumpleaños de Manuela Sánchez [...]²

La relación entre el general y Manuela Sánchez está señalada por tres etapas, que traducen la distancia que hay entre los dos: el contacto inmaterial que se traduce en la distancia espacial, el contacto material, que señala la abolición del espacio y la desaparición de Manuela que lleva consigo la reaparición de la distancia espacial. El contacto se produce en un momento en que la temporalidad terrestre queda casi abolida: es el momento del paso de la cometa, y el gesto de Manuela de intentar tocar un objeto telúrico es la expresión de su rechazo de toda eternidad:

[...] y entonces fue cuando ocurrió, madre mía Benedición Alvarado, ocurrió que Manuela Sánchez había visto en el cielo el abismo de la eternidad y tratando de agarrarse de la vida tendió la mano en al vacío y el único asidero que encontró fue la mano indeseable con el anillo presidencial, su cálida y tersa mano de rapiña cocinada al rescoldo del fuego lento del poder.³

El momento de la desaparición de Manuela vuelve a tomar paralelamente el momento del contacto, solamente que esta vez ya no es la mujer quien lo busca, sino el hombre, el general, y la confirmación de la ausencia de Manuela es la ausencia de la rosa:

¹ Idem, pag 77.

² Idem, pag 79.

³ Idem, pag 84.

*[...] pero Manuela Sánchez no contestó, no le tocó la mano, no respiraba, parecía tan irreal que él no pudo soportar el anhelo y extendió la mano en la oscuridad para tocar su mano, pero no la encontró, la buscó con la yema de sus dedos en el sitio donde había estado su olor, pero tampoco la encontró, siguió buscándola con las dos manos por la casa enorme, braceando con los ojos abiertos de sonámbulo en las tinieblas, preguntándose dolorido dónde estaras Manuela Sánchez de mi desventura que te busco y no te encuentro en la noche desaventurada de tu eclipse, dónde estará tu mano inclemente, dónde tu rosa [...]*¹

Francisca Linero representa el amor brutal. Mujer simple, ella puede despertar en el general solamente pulsiones brutales, pero ella representa, al mismo tiempo, la mujer prohibida, porque está casada. La posesión de Francisca es una señal del poder del general, pero también una confirmación de su potencia sexual. A través del deseo de poseer a Francisca, el general busca extender su poder desde la esfera pública hasta una esfera privada, que no le pertenece y que es la familia de Francisca. Si Leticia representa el amor, Manuela la pasión, Francisca encarna el desafío, ella es eminentemente la mujer- animal completamente subordinada al poder del general; ella llega a ser, de esta manera, la mujer- objeto:

*[...] la vista de la provocativa Francisca Linero que lo miraba sin saber qué hacer con su pudor de recién casada porque él había venido para darle gusto a su voluntad y no había otro poder mayor que el suyo para impedirlo [...]*²

El poder del general no es, sin embargo, total tampoco en relación con Francisca: la pasión carnal implica un crimen, la eliminación del otro pretendiente masculino al cuerpo de Francisca, su esposo, Poncio Daza. Además, la posesión sólo es posible por el abandono de la mujer, un abandono justificado por el hecho de que el general es el poseedor del poder social:

[...] yo estaba agonizando de miedo conservaba bastante lucidez para darme cuenta de que mi único recurso de salvación era dejar que él hiciera conmigo todo lo que quiso sobre el meson de comer, más aún, lo ayudé a encontrarme entre los encajes de los pollerines después de que me dejó sin resuello con su olor de amoníaco y me desgarró las bragas de un zarpazo y me buscaba con los dedos

¹ Idem, pag 85-86.

² Idem, pag 99.

*por donde no era mientras yo pensaba aturdida Santísimo Sacramento
que verguenza¹*

El eros del general se encuentra actualizado en tres mujeres: Leticia Nazareno encarna el eros oficial y se distingue de las otras mujeres por el papel fundador que se le atribuye, el de haber sido la única mujer que le entrega al general un heredero reconocido. Su poder sobre el general es uno fundador y civilizador, un poder que supera la esfera privada y se hace notar también en la esfera pública. Manuela Sánchez representa la pulsión erótica absoluta e inmaterial; ella cancela en igual medida el poder del general, por la imposibilidad de la posesión carnal. En fin, Francisca Linero representa el arquetipo del eros brutal, la mujer en relación con la cual el poder del general puede manifestarse solamente con el abandono de la mujer.

Estableciendo un paralelo entre la esfera pública del poder y la privada, entre las diferentes modalidades de manifestación de este último, podemos constatar que el poder del general, a quien se puede definir desde la perspectiva del mito del salvador, sólo se manifiesta en el espacio público, a través de la falsedad. Este mismo poder queda prácticamente anulado en el espacio privado, en relación con las mujeres que le marcan la existencia.

Bibliografía

- Apuleyo Mendez, Plinio, *El olor de la guayaba. Conversaciones con Gabriel García Márquez*, Grupo Editorial Norma, 1998.
- Baudrillard, Jean, *De la séduction*, Seuil, Paris, 1985
- Campbell, Joseph, *El héroe de las mil caras: Psicoanálisis del mito*. México, Fondo de Cultura Económica, 1959
- Dimilta, Juan José, *García Márquez – El invencible ritual de la nostalgia*, Ediciones Lea, Ojos de papel Edicional, Madrid, 2004.
- Feliciano, Katzmin, *El arquetipo patriarcal en « El otoño del patriarca » de Gabriel García Márquez*, UPR – Recinto Universitario de Mayagüez, 1991
- García Márquez, Gabriel, *El otoño del Patriarca*, Plaza & Janes S. A Editores, Barcelona, 1975
- Leclaire, Serge, *Para una teoría del complejo de Edipo*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1969
- Peñuelas, Marcelino, *Mito, literatura y realidad*, Editorial Gredos, S.A., Madrid, 1965
- Scherman, Filer, Jorge, *La Parodia del poder. Carpentier y García Márquez: Desafiando el mito sobre el dictador latinoamericano*, Editorial Cuarto Propio, 2003

¹ Idem, pag 100.